

MORGANA KRETZMANN

AGUA TURBIA

Traducción de Guillermo Saavedra



Para Juraci y Elemar Kretzmann

En agua turbia, las sustancias no se ven.

Los Malaquias, Andréa del Fuego

Lista de personajes

Amara Sarampião – hija de Armin, madre de Chaya; nieta de Sarampião.

Ana Paula – secretaria en la oficina del diputado Heichma.

Ângelo Alves – jefe del parque del Turvo.

Armin Sarampião – abuelo de Chaya e hijo de Sarampião.

Caco Romano – hijo de Gringa Romano y hermano de Enrico; tío de Tales.

Chaya Sarampião – guardaparque, nieta de Armin y bisnieta de Sarampião.

Cláudio y Nestor – guardaparques del parque del Turvo.

Dóris – policía civil que trabaja en el Instituto Médico Legal (IML) de la ciudad de Dourado.

Enrico Romano – empresario de Dourado, padre de Tales e hijo de Gringa Romano. Adopta a Chaya de niña.

Galliana Romano – madre de Tales, madre adoptiva de Chaya y esposa de Enrico.

Gringa Romano – viuda, madre de Enrico y Caco; abuela de Tales.

Heichma – diputado provincial, vive en Porto Alegre.

Idalina – casada con Armin y abuela de Chaya.

Lenara Sarampião – hija de Roscato, madre de Preta; nieta de Sarampião.

León – adolescente, huérfano, vive con Preta en Pies Rojos.
Maurício Ricci – amigo de la infancia de Chaya y Olga; hijo del exalcalde de Dourado.
Claudenir Ricci; secretario de infraestructura del municipio.
Olga Befreien – periodista, amiga de la infancia de Chaya.
Preta Sarampião – jefa de los Pies Rojos, nieta de Roscato y bisnieta de Sarampião.
Roscato Sarampião – abuelo de Preta e hijo de Sarampião.
Sarampião – bisabuelo de Chaya y Preta, padre de Armin y Roscato.
Senna – jefe de la bancada legislativa de Heichma.
Sr. Befreien – padre de Olga.
Tales Romano – hijo de Enrico Romano, hermano adoptivo de Chaya y compañero de infancia de Olga.
Tédi – casada con Roscato y abuela de Preta.

Agua turbia

Tierra

Chaya

“Desgraciados. Es la última vez que vienen aquí a cazar”. Chaya Sarampião acelera el mugriento camión blanco, en cuyas puertas puede verse el escudo de armas de la Guardia Forestal – Sema*. Sostiene con firmeza el volante mientras conduce hábilmente sobre los baches y las piedras del camino de tierra embarrado.

“Hoy los vamos a atrapar”, le dice a Ângelo Alves, el nuevo jefe del parque del Turvo, sentado a su lado, y a los otros dos guardaparques, Cláudio y Nestor, en el asiento trasero. Oyen disparos y luego el grito agudo de un animal viniendo de la cascada de Sarampião, uno de los lugares más cerrados del parque. Chaya tira del freno de mano haciendo derrapar los neumáticos. El coche se detiene atravesado. Apaga el motor. Salen los cuatro, pistola en mano. Con un gesto, señala a Cláudio y Nestor en la retaguardia. Debido a los nuevos recortes presupuestarios, los dos tuvieron que comprar sus propios chalecos antibalas. Chalecos usados, del otro lado del río Uruguay, en Moconá, Argentina. Oyen el sonido seco de un disparo. Avanzan selva adentro. Se acercan a la base de la cascada. El sonido de la catarata retumba.

* Sema: Sigla de la Secretaría de Estado del Medio Ambiente de Brasil (*N. del T.*).

En el suelo, un tapir de tamaño mediano, de aproximadamente un año, sangra aún vivo. Cláudio y Nestor caminan lentamente, al mismo tiempo que miran a su alrededor en busca de los cazadores. Cuando se acercan al animal, llegan más disparos hacia ellos. Las balas rebotan en las rocas y una de ellas impacta en el chaleco de Nestor. Este cae. Chaya y Ângelo se defienden mientras Cláudio ayuda a su colega, arrastrándolo detrás del tronco de un cedro. Oyen gritos en un portuñol típico de esa región fronteriza:

“¡Por favor, dejen de disparar! ¡Dejen de disparar!”.

Ângelo deja de disparar. Chaya continúa.

“¡Alto! ¡Alto, soldada!”, ordena Ângelo.

Ella se detiene, pero mantiene su arma apuntando hacia adelante.

“Salgan con las manos en alto”.

Aparece un adolescente con los ojos muy abiertos y los brazos en alto.

“¿Dónde están los demás?”. Chaya se acerca a él sin bajar el arma. El chico suplica: “¡Ayuda!”*, y señala el arbusto con bromelias rojas a su espalda. Ângelo hace una señal a Cláudio y Nestor. Avanzan con cautela hasta que ven a un hombre tendido en el suelo. Está gimiendo. Tiene sangre en el cuello que se derrama sobre las hojas secas y la arcilla roja. A su lado, un revólver de calibre 38.

“Pistolero abatido, capitán”, advierte Cláudio. “¿Alguna señal de los otros bandidos?”.

“Nada, señor”.

El adolescente, que sigue en la mira de Chaya, comienza a llorar. Un llanto atormentado por el susto que lo abruma.

* En español en el original (*N. del T.*).

“¡Socorro!”*. Se ahoga en su propia desesperación.

Cláudio y Nestor recogen al hombre herido de bala y lo dejan junto al animal muerto. El cuerpo entero del hombre empieza a temblar.

“Está entrando en shock”, dice Cláudio.

En cuestión de segundos, el hombre deja de respirar. El niño, catatónico, cae de rodillas y, en un gemido débil, balbucea:

“¿Papá? ¿Papá? Despiértate. Despiértate, hombre”**.

Chaya mira al hijo, al padre, luego de nuevo al hijo. Se ve a sí misma en esa desesperación, en la brutalidad de esa escena.

“¡Putra mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡No lo puedo creer!”. Baja la pistola.

Sin dudarle, Ângelo apunta con el arma al adolescente arrodillado. Cláudio toma la muñeca del hombre en busca de signos vitales.

“¡Está muerto!”.

“Agarren la lona y las palas del camión. Envolveremos su cuerpo y luego enterraremos el del tapir”, ordena Ângelo.

Cláudio y Nestor obedecen y desaparecen en la selva. El chico sigue de rodillas. Tiene la cara empapada, una mezcla de sudor, lágrimas y mocos le corre por los labios y la barbilla. Mira a Chaya y pregunta:

“¿Por qué? Solo era un animal. Solo comida”***. Chaya no responde.

El niño recoge una piedra del suelo. Vuelve a encarar a Chaya y le dice: “¡Tú!”.

Ella desenfunda su pistola. El adolescente no suelta la piedra. Pasan los segundos hasta que a Chaya la golpea el impacto de

* En español en el original (*N. del T.*).

** En español en el original (*N. del T.*).

*** En español en el original (*N. del T.*).

esa mirada, de esa escena, el sentimiento de negarse a normalizar la barbarie de la que forma parte, el impacto del precio de la palabra no dicha, de la acción ya realizada. Guarda la pistola en su funda. Dobla las rodillas, se sienta y mete la cabeza entre sus piernas. Ângelo, que aún tiene al adolescente en el punto de mira, observa a Chaya, analiza el cuerpo menudo de su compañera de piel fina y bronceada, que no llega a la treintena, enfundada en ese chaleco antibalas dos tallas mayor que la suya. Admira a esa profesional. Su uniforme está siempre impecable, su pelo negro largo y liso, recogido en un rodete, demostrando que, a pesar de las precarias condiciones de trabajo, se toma en serio su agotador día a día como guardaparque en aquella zona extrema y olvidada de Brasil. Una mujer fuerte que no debería dejarse abrumar por la fragilidad de ese momento.

Chaya cierra los ojos. Extiende una mano sobre el barro –un barro de color bordó oscuro, típico del parque del Turvo–, agarra un puñado, se lo acerca a la nariz y lo huele. Un grupo de boyeros caciques pasa volando y canta. Ella levanta la cabeza.

“Arrê”*, se dice a sí misma, mientras le viene a la mente el rostro de su abuelo Armin, su voz y el acento antiguo de quien creció entre el arado y la selva en aquella región. “Arrê, Sarampião”. Se levanta, sosteniendo aún la tierra húmeda. “Vamos a liberar al niño”.

Ângelo se queda mudo, como si no entendiera lo que Chaya acaba de decir. Luego intenta formular una frase: “Creo que... vamos a...”.

* La expresión “Arrê” es una interjección intraducible que suele emplearse coloquialmente en Brasil para invocar a alguien o algo, o para darse ánimos. En la novela, es utilizada por los descendientes de Sarampião, bisabuelo de Chaya, desaparecido o muerto en circunstancias confusas y mítico prócer de la región, para invocarlo (*N. del T.*).

“¡Soltemos al chico!”.

Ângelo resopla, se quita la gorra y deja al descubierto sus canas. Con el dorso de la mano, se seca el sudor que le corre por la cara.

“¿Voy a tener que recordarte que yo soy el puto jefe en este parque?”.

Ella se encoge de hombros. Lo ha oído tantas veces, de tantos jefes que han pasado por ahí, que ha perdido la cuenta. Se coloca entre la pistola de su colega y el adolescente. La cara de Ângelo se pone roja.

“¡Cabocla!”, grita, “¡tu insubordinación cruzó todos los límites!”.

Chaya endurece los músculos de la mandíbula, percibiendo la hostilidad en la voz de Ângelo.

“Después usted haga lo que crea que tiene que hacer en términos disciplinarios, aquí, contra esta *cabocla*”, dice ella y saca el arma de la cartuchera. “Pero yo voy a liberar a este chico y nadie me lo va a impedir, ni usted ni mucho menos sus meses en el cargo”. Ella se da vuelta hacia el chico. “Corre, dile a tu madre o a algún pariente que tiene que venir a recoger el cuerpo de tu padre al IML* de Dourado. ¿Me estás entendiendo? ¿Tú me estás entendiendo?”.

El chico se levanta, todavía con la piedra en la mano, da dos pasos hacia atrás, se limpia los ojos y la nariz con la manga de la camiseta. Su expresión cambia, observa al policía. Ângelo hace un disparo al aire. Chaya se vuelve hacia su compañero. Ambos se enfrentan. El chico corre hacia la selva y desaparece entre los árboles.

“Puede guardar el arma, señor”, dice Chaya, mientras arroja el puñado de tierra que aún tenía en la mano. “Yo soy de este lugar, sé lo que hay que hacer aquí y cómo hay que hacerlo”.

* IML: Instituto Médico Legal (*N. del T.*).

Pensamientos inconexos dan vueltas en la cabeza de Ângelo. Presta atención al hombre y al animal muertos uno junto al otro, a la sangre de uno mezclada con la del otro, ambas absorbidas por la tierra. Los ojos secos del animal y del hombre, sus cadáveres cubiertos por la arpillera sacudida por el fuerte viento de aquella mañana.

Olga

Los teléfonos suenan sin parar en el escritorio de la secretaria, de la oficina del jefe de gabinete y de la asesoría de prensa, donde está la periodista Olga Befreien.

Desde el interior de su despacho, con la puerta cerrada, el diputado Heichma grita:

“¿Están todos papando moscas?”.

Olga se levanta bruscamente de la silla y termina golpeándose la pierna contra el escritorio. Maldice. Va hasta la recepción y se topa con Ana Paula, sumergida en su celular. Camina hasta el cubículo de Senna, el jefe de gabinete, que fuma tranquilo, vuelto hacia la ventana y hacia el sol detrás de los dos edificios azules del centro administrativo de Rio Grande do Sul. Olga golpea la pared, Senna se da vuelta y la mira. Ella señala a la secretaria.

“¿Y por qué no atiendes tú?”. Senna da una pitada al cigarrillo.

Olga alza las cejas gruesas y negras, como su pelo, va hasta el escritorio de él y, sin dejar de mirarlo, descuelga el teléfono: “Gabinete del diputado Heichma, buenas tardes”. Escucha lo que dice la persona del otro lado de la línea, suelta un muy compenetrado “Sí, no se preocupe” y corta. Senna pregunta quién era. Ella no responde. Él repite la pregunta. Olga sale en

dirección de la puerta del despacho del diputado. Golpea y, sin aguardar respuesta, gira el picaporte y abre.

“Disculpe, diputado, llamó el Dr. Elpidio”, dice recostada en el marco de la puerta. “Dijo que intentó hablar con Senna varias veces, pero él no lo atendió. Mandó avisarle que usted tiene hasta diciembre”. El diputado le hace un gesto para que se acerque y cierre la puerta.

Heichma parece cumplir un lento proceso de derretimiento. El sudor le corre por la frente y por las mejillas flácidas que sobresalen del rostro, así como sobresale su barriga que deja los botones de la camisa a punto de reventar. En la oficina huele a leche ácida.

“¿Estás con las luces encendidas?”. Él se ríe, estira la mano y pellizca el pezón de uno de los senos de ella, que resalta por debajo de la camisa blanca y el corpiño sin armazón.

Ella le da un golpe en la mano y, vulnerable como una criatura avergonzada y confusa, sin tener la certeza de haber hecho algo malo o no, se cruza de brazos escondiendo el pecho.

En el garaje subterráneo de la Asamblea Legislativa, Olga saca del bolso las llaves del auto y acciona el botón para desactivar la alarma. Arroja el bolso, el celular y una pila de carpetas de archivo en el asiento trasero del coche. Papeles, fotos y planillas se desparraman. Entra en el auto. Enciende el motor. Cuando ya está en la calle Riachuelo, alcanza el teléfono tirado en el asiento e intenta ajustarlo al soporte agarrado al tablero. Este cae sobre sus piernas. Olga se da cuenta de que sus dedos tiemblan más que otras veces que pasó por situaciones como esa —y que se volvieron cada vez más habituales en el último año. Estira el cuello hacia la derecha, luego hacia la izquierda. Cruje. Con el vehículo

en movimiento, desbloquea el aparato, abre la agenda de contactos. Hace una llamada.

“¡Hola, madre! ¿Mi padre está ahí? Necesito hablar con él. [...] Está todo bien, sí. [...] Ya dije que está todo bien. [...] Hola, papá, ¿cómo está la playa? [...] ¿Fue a pescar? [...] ¿En Rosa o en Ibiraquera? [...] Ahora, estoy yendo para Dourado. Así es, por ese motivo... [...] Treinta años encima y un diploma en la pared, para eso. [...] ¡Ok! Voy a necesitar que usted le pida a esos dos amigos suyos que vayan a la reunión de la hidroeléctrica mañana a la mañana. [...] Mierda de ciudad. [...] Si fuese tan linda, ustedes no se habrían ido a Santa Catarina. [...] Tengo que cortar, Heichma está en la otra línea. Beso”.

Corta la llamada y el sonido de la otra aumenta poco a poco. Saca de la guantera un paquete de cigarrillos. Aún temblando, agarra uno y lo enciende. Abre la ventanilla y suelta una bocanada de humo. Enciende la radio a todo volumen. El celular continúa sonando.

La noche cae sobre la autopista BR-386, donde el movimiento es escaso, no parece que fuera jueves. Olga maneja a ciento cuarenta kilómetros por hora cuando se da cuenta de que está casi sin combustible. Se detiene en una estación de servicio junto a la autopista, a la altura de Montenegro.

“Llena el tanque, por favor”, dice antes de dirigirse hacia la cafetería a pedir un café. El sabor amargo y rancio desciende por la garganta y ella escupe en el vaso. “*Paga la comida y vámonos ya*”, escucha a un sujeto decir a su lado. “*Nos aprovisionamos después en Santa Rosa*”. Un escalofrío le recorre la espina dorsal. No es nadie conocido, pero el timbre de voz y el acento son los mismos del diputado. Siente un ardor en el pezón, la sensación

de que está siendo pellizcado otra vez. La misma vergüenza. Va hasta la heladera de bebidas y agarra un agua y una Red Bull.

En el auto, bebe la mitad de la botella de agua. Agarra unas carpetas del asiento de atrás. Piensa que no va a lograr estudiar todos aquellos documentos antes de la reunión de la mañana siguiente. Enciende la luz del techo y lee:

HIDROELÉCTRICA GRAN RONCADOR — EL MAYOR COMPLEJO

HIDROELÉCTRICO BINACIONAL DEL SUR DEL PAÍS.

PATRIA AMADA BRASIL.

Al lado de esa frase, la enorme logo-marca del gobierno federal.

“¿Por qué los habitantes de Dourado están en contra?”. Vuelve a arrojar la carpeta. Enciende un cigarrillo. Abre la lata de la bebida energizante. Toma un trago. Pone en marcha el auto.